DUQUESA

¿Usted no es cazador?

MARQUÉS DE ONDÁRROA

Sí, pero en serio: estas cacerías decorativas... figúrese usted un *fox-hound* aquí en este terreno tan cultivado y tan civilizado... Caprichos de mi mujer y de mi hija, que se entusiasman con todo este aparato. La caza supongo que la habrá encargado previamente, y estará amaestrada.

DUQUESA

Es lo de menos, como usted dice.

ESCENA II

Dichos y el MARQUÉS DE MORALEDA

MARQUÉS DE MORALEDA

¿Pero qué hacen ustedes aquí? Todo el mundo está en el Parque; allí se desayunan, se recibe con aclamaciones á los que llegan... Hay mujeres guapísimas; ya sabéis que cuando una inglesa se pone á ser guapa, potencia de primer orden por mar y por tierra.

MARQUÉS DE ONDÁRROA

¿Pero tú te decides á tomar parte activa en la *fox-hound?*... Mira que tú no conoces á esta gente; toma esto muy en serio; hasta reventar ocho ó diez caballos y reventarse ellos. Y tú que no estás *entrainé*.

MARQUÉS DE MORALEDA

Mira, yo lo que no haré nunca es declararme viejo de solemnidad como vosotros. La guardia muere, pero no se rinde. En esto como en todo llegaré hasta donde pueda; pero lo que es el primer arranque, no me lo quita nadie... ¿Vosotros no nos acompañáis?

DUQUESA

¿A caballo? ¡Qué disparate!

MARQUÉS DE MORALEDA

Pues tú has sido una gran amazona y tú un gran caballista; y aún haríais muy buena figura...

MARQUÉS DE ONDÁRROA

Mejor lo haremos en el *char a bancs*. ¿No es verdad, querida amiga?

DUQUESA

¡Quién lo duda! Tú haces bien; estás hecho un pollo.

MARQUÉS DE ONDÁRROA

¿Y á qué hora es la partida?

MARQUÉS DE MORALEDA

Al momento. Ya está reunido todo el mundo. Ahora prueban caballos. Combinan los relevos y el punto de cita para el almuerzo.

MARQUÉS DE ONDÁRROA

Al que faltarán casi todos; porque si á estas cosas les quitan el atractivo de perderse... Eso sí; nadie se pierde solo. Ya veréis el susto que nos

dará la Princesa á última hora; recuerdo una vez que hubo que buscarla con antorchas.

MARQUÉS DE MORALEDA

El Príncipe estaría desolado.

MARQUÉS DE ONDÁRROA

Muy tranquilo; ni quiso acompañarnos á buscarla.

MARQUÉS DE MORALEDA

Pues era el más indicado para llevar su antorcha.

DUQUESA

No sean ustedes maldicientes. Nunca he podido acostumbrarme á esa ligereza con que se habla de todo el mundo en sociedad. Yo no creo que las palabras se las lleva el viento. Nunca falta un mal intencionado para recogerlas.

MARQUÉS DE MORALEDA

Cuando la reputación es intachable... ¿A que de ti no se habló nunca?

DUQUESA

¿Nunca? ¿Nunca?

MARQUÉS DE MORALEDA

Delante de mí, por lo menos. ¿Y Carmen y Carlos vienen con nosotros, ó son de los comodones?

DUQUESA

Carlos no está bueno estos días. Carmen, no sé; Carlos quería que fuera con todos; cree que á ella le divertirá más.

MARQUÉS DE MORALEDA

¿Sabes que no le ha probado mucho el matrimonio á Carlos, como se esperaba?

DUQUESA

No se cuida. En su afán porque Carmen no esté sacrificada; porque haga vida de sociedad y luzca en todas partes, no lleva la vida que él necesita... Ahora tampoco debimos venir aquí.

MARQUÉS DE ONDÁRROA

Sí; la vida de campo como aquí se practica, con este ajetreo continuo, no es muy higiénica.

DUQUESA

Pero ya sabe usted que nunca tuvo tanto empeño como este año en venir... Casi nos invitamos nosotros.

MARQUÉS DE ONDÁRROA

¡Eso no! Ustedes vienen siempre á su casa.

DUQUESA

Es muy raro mi pobre hijo; temo que ni él sea feliz, ni Carmen lo sea á su lado.

EL MARQUÉS DE MORALEDA

¿Carmen? ¿Por qué no? Bastante se divirtió de soltera; después debió considerar más en serio la vida, y ahora, ahora ya puede querer á Carlos y estaros muy agradecida.

DUQUESA

Ya no se trata de agradecimiento. Entre extraños, el agradecimiento puede obligar á mucho.

Entre marido y mujer no es bastante, y Carlos la quiere demasiado para ser correspondido nada más que por agradecimiento.

ESCENA III

Dichos y CARMEN

CARMEN

¿Llego tarde?

DUQUESA

¿Cómo? ¿Tú y así?

MARQUÉS DE MORALEDA

¿Pero tú eres de los nuestros...?

CARMEN

¡Qué remedio! Por no oir á Carlos. Creo que es para mí un sacrificio no ir con todo el mundo á caballo y acompañarle en coche, con vosotros, como yo quería. Dice que le pongo en ridículo, porque todos pensarán que es el que me obliga á no separarme de su lado.

DUQUESA

Eso dice; pero después ve con pena que tú le dejes.

CARMEN

Si lo sé; pero que hable claro; no hay modo de entenderle. Quiere lo que no quiere; se engaña á sí mismo, y quiere engañarnos á los demás. Ya sé que luego estará triste, y creerá que yo me divierto

mucho... Ya ves; dice que adopto la *pose* de víctima, de sacrificada... Pues hoy tendría que hablar claro, porque ya vió que me vestí en seguida; y si él creyó que me contrariaba ir en coche ó quedarme aquí, estoy dispuesta á que lo crea.

DUQUESA

¿Pero no conoces á Carlos?...

CARMEN

Le conozco, pero él también debe conocerme. Estamos en el mismo caso. Debía saber que yo no sé fingir lo que no siento. Si cree que es una *pose* decirle que no me importa nada la cacería, que estaría con más gusto á su lado... Vaya por la *pose*; hoy adoptaré la de mujer que se divierte mucho; lo que voy á divertirme; él puede que lo crea...

MARQUÉS DE MORALEDA

¿También hay nerviecillos?...

DUQUESA

Los de mi hijo tienen disculpa, porque está enfermo.

CARMEN

Los míos también, porque estoy desesperada.

DUQUESA

¡Carmen!

CARMEN

No hay nada que desespere tanto como ver mal interpretados nuestros sentimientos. ¡Qué idea tiene Carlos de mí! Supone que es para mí obligación

penosa el acompañarle, y me concede libertad como se da permiso á un criado.

MARQUÉS DE MORALEDA

(Bajo al Marqués.) Es la de siempre.

MARQUÉS DE ONDÁRROA

En cuanto recobró su posición.

MARQUÉS DE MORALEDA

La Duquesa está disgustada.

MARQUÉS DE ONDÁRROA

Creo que somos indiscretos coartando una escena de familia.

MARQUÉS DE MORALEDA

Al paso que llevan, no se contendrán porque estemos delante; y eso es lo desagradable; lo mejor es eliminarnos... Carmencita, como no se contaba contigo, vamos á decir que dispongan caballo para ti... Como anoche dijiste que no vendrías...

MARQUÉS DE ONDÁRROA

Se alegrarán mucho.

CARMEN

Sí, sí; yo voy en seguida. *(Salen los dos Marqueses.)*

ESCENA IV

La DUQUESA y CARMEN

DUQUESA

¿Pero qué te ha dicho Carlos para que estés disgustada?

CARMEN

¿Por qué no quería yo venir aquí? ¿Por qué se empeñó en traerme?

DUQUESA

Porque creyó que tú lo deseabas; venías todos los años; Emilia nos había invitado, como siempre; con más insistencia, porque este año esperaba estar más sola; Felisa y Guillermo viajaban...

CARMEN

Sí, viajaban. Apenas supieron que estábamos aquí, les faltó tiempo para suspender el viaje, para presentarse...

DUQUESA

Y eso te contraría... A mí también. Pero ahora es cuando no podemos encontrar un pretexto para marcharnos tan pronto; Carlos sospecharía...

CARMEN

Que sospeche, que sepa...; si yo no quiero mentir nunca. Además, si él sabe que Guillermo me quiso y me quiere...

DUQUESA

¿Qué dices? No; ¿que él sabe?...

CARMEN

Sí, sí; lo sabe, y cree que yo también le quiero; y está celoso, y se complace en irritar sus celos; en ponernos frente á frente; por eso quiso traerme aquí; por eso me atormenta.

DUQUESA

No...

CARMEN

Sí, sí; lo sé, lo veo... No cree en mí; daría mi vida por él, y creería que era sólo agradecimiento... ¡Agradecimiento! Si eso sólo fuera, no soportaría un día más esta existencia.

DUQUESA

Al aceptarle, te dije que aceptabas un sacrificio.

CARMEN

Cuando el sacrificio fuera necesario; cuando su enfermedad fuera irremediable; cuando hubiera perdido la razón.

DUQUESA

Entonces él sería más dichoso, y su condición más soportable para los que le queremos; ahora es cuando su carácter es más difícil, y más penoso conllevar sus rarezas... ¡Mi pobre Carlos! ¡Tú le ves como un hombre! Le juzgas fuerte y sano; yo le veo siempre como á un niño enfermo, débil, caprichoso... Tú no sabes mi lucha. Por milagro se salvó muy niño de enfermedad terrible, y desde entonces la muerte ó la locura amenazándole siempre, y yo contra las dos; velando siempre,

como quien espanta dos pajarracos negros, porque para mí llegaron á tener esa forma palpable á fuerza de luchar con ellas... ¡Si no he vivido más que para él!... Y él nunca pensó que para mí era un sacrificio. ¡Mal hice en compartirle con nadie!... ¡Las madres sólo saben querer así!...

CARMEN

¡Las madres sólo, es verdad...; yo no querré así nunca!

DUQUESA

¡Carmen!

CARMEN

Ni nadie me querrá como Carlos te quiere á ti más que á nadie; á ti sola...

DUQUESA

No digas eso.

CARMEN

Sí, tú lo has dicho; es siempre el niño enfermo, el niño mimado; es el único cariño que él sabe sentir el de hijo; tu hijo siempre... por eso no debiste casarle nunca...

DUQUESA

¿Crees que soy yo quien estorba vuestra felicidad?

CARMEN

No, no; al contrario... Yo sé que tu influencia es necesaria para Carlos... Carlos, como todos los seres débiles, necesita una voluntad que le domine; yo no puedo ser esa voluntad si mi cariño, sumiso siempre á todo, parece fingimiento, ¿que pa-

recería mi voluntad queriendo imponerse? Si yo no tengo libertad para nada; si para todo me acobarda su desconfianza... desconfianza natural, bien lo temía yo; acepté su cariño cuando todos podían creer que no había otra solución para mí...

DUQUESA

¿Y ya te pesa?

CARMEN

No lo sé... Abatida por la desgracia, no había en mí entonces ni voluntad ni discernimiento. La desgracia nos empequeñece, nos acobarda, nos hace ser traidores con los demás y con nosotros mismos. Sólo cuando es uno fuerte y feliz, puede uno estar seguro de haber dispuesto libremente de su vida.

DUQUESA

Entonces, ¿sin la ruina de tu casa no te hubieras casado con Carlos?

CARMEN

Tal vez sí; pero entonces él no tendría derecho á dudar de la verdad de mi cariño; yo tendría derecho á quererle... como yo quisiera, segura de mí misma... Así, lo siento, lo veo, acobardada siempre, debiendo medir á cada paso mis acciones y mis palabras; sólo hallará en mí pasividad y silencio impenetrable; nos alejaremos cada vez más uno de otro... y acabará por odiarme... nos odiaremos.

DUQUESA

No, Carmen, hija mía, eso no puede ser. Debes

hablarle como me hablas á mí... Dices que está celoso de Guillermo.

CARMEN

Y me trae adonde era seguro que él vendría... Guillermo, por su parte, cometerá alguna imprudencia... Ayer mismo, aquí, intentó hablar conmigo... casi por fuerza; tuve que huir... alguien me vió temblando de ira todavía... Después de comer quise que volviéramos á nuestro cuarto, y Carlos se empeñó en que nos quedáramos en el salón de música como otras noches; no hablé apenas con nadie; con Guillermo menos, ya lo sabes... y hoy se empeña en que he de acompañarles en la cacería; todo antes de que nadie crea que él me esclaviza; y le entristece que no le obedezca, y le entristece si le obedezco como ahora... ¿Es posible vivir así?

DUQUESA

Tienes razón; pero ten calma, hija mía; yo haré cuanto pueda por ayudarte á soportar tu cruz... Si tuviérais hijos...

CARMEN

No me atrevo á desearlos... Hay herencias terribles...

DUQUESA

Es verdad. Dios castiga en los hijos las culpas de los padres, porque sabe que no hay mayor dolor para los padres que el dolor de los hijos.

ESCENA V

Dichas y FELISA

FELISA

¡Carmen! ¿Es verdad? ¿Te animastes por fin? ¡Cuánto me alegro! Y Carlos, ¿no vendrá también?

DUQUESA

A Carlos no le conviene un ejercicio tan violento.

FELISA

Entonces, él puede ir en coche con ustedes... Pero tú, ¿por qué has de privarte?... Si estuviera enfermo de veras, pero esas cosas nerviosas... Si los hombres se privaran de nada por nuestros nervios.... Y así debe ser; no se quiere menos por eso. Quisiera engañarme, pero me parece que Carlos ha caído en la ridiculez de ser celoso.

DUQUESA

No lo creo.

FELISA

Sí, yo lo he observado en estos días. En cuanto no estáis á su lado, ya está distraído, nervioso... Yo, me divierto en llamarle con cualquier pretexto cuando tú hablas con alguien...

CARMEN

¿Te diviertes?

FELISA

Pues aquí pasará muy malos ratos; porque el *flirt*,

no sólo está permitido, sino impuesto por la moda, y por la costumbre... Ah, Duquesa: papá preguntaba por usted; creo que trama una conspiración.

DUQUESA

¿Una conspiración?

FELISA

Quiere convencer á usted para ir en automóvil en lugar de ir en coche; sólo así, llegarán ustedes á tiempo de almorzar con nosotros... pero dicen que usted detesta el automóvil, porque es cosa de este siglo...

DUQUESA

No lo detesto, ni me asusta; me parece horrible nada más; es cuestión de gusto, no es cuestión de ideas; pero si conviene que vayamos así, por mí no ha de quedar.

ESCENA VI

CARMEN y FELISA

FELISA

¡Pobre Carmen! ¿Estarás aburrida, verdad?

CARMEN

Aburrida, ¿por qué?

FELISA

Lo comprendo. Te tengo lástima... Vives sacrificada. Carlos, con su carácter; y la Duquesa, que

como suegra, debe ser insoportable... No te deja ni á sol ni á sombra.

CARMEN

Es por cariño.

FELISA

Pues más parece desconfianza... ¡Con lo que tú podías lucir y brillar en sociedad! No es posible que seas dichosa... No eres franca conmigo... Con lo que yo te quiero, siempre te he querido; pero tú á mí, no...

CARMEN

¿Por qué no he de quererte? Tu padre fué siempre un buen amigo del mío...

FELISA

No, no me quieres. Si hubieras tenido confianza en mí, hubieras aceptado la protección de mi padre. Tal vez no serías Duquesa de Talavera, pero serías más dichosa. En nuestra casa, nada te hubiera faltado; y aquí mismo podrías haber encontrado un buen partido. Papá, conoce á muchos hombres de negocios, opulentos y muy distinguidos, y á cualquiera de ellos le hubiera agradado mucho unirse á una aristócrata española como tú. Estos ingleses, son muy prácticos; saben que todo hace falta en la vida, y dan su valor á la nobleza. Tú, no hubieras perdido nada con un marido así; ya sabes que en España ser extranjero, es ya una razón para ser admitido en todas partes. Monsieur tal, ó mister cual, suenan en cualquier salón como un Duque ó un Marqués de los nuestros.

CARMEN

Sí, calculé mal. ¿Es eso lo que quieres decirme?

FELISA

Se comprende, aturdida por tu desgracia. Habrías despreciado á tantos... á Carlos también; pero él te quería siempre; era de agradecer; tú sabes bien que no son todos lo mismo.

CARMEN

No.

FELISA

Los hombres son más interesados que nosotras, Con dinero, puede una mujer elegir siempre, al que parezca más enamorado de otra.

CARMEN

Sí; con dinero se puede todo; tú lo sabes bien; pero el cariño olvidado, puede un día tomar su desquite.

FELISA

No lo niego. Cuando una mujer quiere, no le es difícil encontrar como amante al que perdió como marido. Pero no es para estar orgullosa de la preferencia, porque un hombre, ¿qué sacrifica con ser amante de una mujer?

CARMEN

Sacrifica á la suya; ya basta para una venganza de mujer.

FELISA

Cuando á ella le importa.

CARMEN

En el corazón más indiferente hay siempre un amor vulnerable: el amor propio.

FELISA

El amor propio no permite siquiera á la esposa compararse con la querida.

CARMEN

Si conserva la estimación de esposa; pero si se viera humillada, si el desprecio fuera absoluto...

FELISA

Siempre sería despreciada solo de su marido, la otra lo sería de todos.

CARMEN

No se vive del aprecio de muchos; se vive de un solo cariño; de uno solo...

FELISA

Por un solo cariño, ¿serías tú capaz de sacrificar la consideración de las gentes, tu posición social, tu nombre?... No lo creo de ti, si eso fuera algún día, yo estoy segura de que más que por un cariño, sería por un odio.

CARMEN

¿Odio en mí? Más lo es en ti, que pareces desear que eso suceda...

FELISA

¿Por qué hablas de mí? Yo hablé de ti porque de ti hablabas... De mí nada dije; ni al pensar en lo que tú decías, pensé que nada tuviera

que ver contigo... Yo no soy celosa como Carlos, aunque supiera más de lo que él sabe...

CARMEN

Solo puede saber lo mismo... ¡Nada!

FELISA

Nada, ciertamente, ó lo mismo; solo que él puede darlo más importancia... Ya ves; él está seguro de que eras tú quien hablaba ayer en la biblioteca con Guillermo... yo estoy segura de que era la Princesa, y así se lo dije. ¿Es esto odiarte?

CARMEN

No necesito ampararme de una mentira. Era yo, era yo; puedes decírselo...

FELISA

Si nada tiene de particular... Ya ves, hoy es Guillermo el caballero designado para acompañarte y ha sido idea mía...

CARMEN

¿Idea tuya? Es que no iré...

FELISA

Sería ridículo.

CARMEN

¿Qué intención es la tuya?

FELISA

¿Intención?

CARMEN

¿Comprometerme ó desafiarme?

FELISA

La que tú quieras, si eso quieres que sea...

CARMEN

Lo que yo quiera sí; no lo que tú quieres; por eso sólo acepto el desafío...

FELISA

Va por el desafío...

ESCENA VII

Dichos y CARLOS

FELISA

¡Ah, Carlos!

CARLOS

Yo creía que ya estábais en marcha.

CARMEN

Me hubiera despedido de ti...

FELISA

Tardaremos todavía. Primero que se moviliza tanta gente; además, nadie tiene prisa; yo creo que si nos preguntaran á todos, ahora que estamos reunidos, optaríamos por quedarnos aquí. Para mí en esto, como en las corridas de toros, lo más divertido es la salida de las cuadrillas.

CARLOS

No; todo es divertido, alegre... Son fiestas todo vida y todo fuerza; dan vigor al cuerpo y al espíritu... El teatro, la música, los libros, esas otras fiestas de la imaginación, debilitan, enervan, disuelven la voluntad en mil pensamientos que ni siquiera podemos decir que son nuestros... Un solo pensamiento en una sola voluntad; eso es vivir... lo demás es pasar con lo que pasa... melancólicos, porque el día amaneció nublado; alegres, porque la gente está de fiesta, el cielo azul y las calles engalanadas; creyentes, porque un rayo de sol desciende por los pilares de vieja catedral y el órgano gime y hay aroma de incienso; compasivos, porque un niño descalzo mendiga; crueles, porque alguien fué traidor á nuestra confianza... ¿Cómo saber lo que somos, cuando en cada momento nos sentimos distintos?

FELISA

Pues yo encuentro que eso es lo divertido... ¡Pensar siempre lo mismo; querer siempre lo mismo! ¡Qué aburrimiento! Yo también soy como tú y estoy muy contenta.

CARLOS

No, tú no eres así. Crees pensar en muchas cosas y sólo piensas en una.

FELISA

¿En cuál?

CARLOS

En divertirte siempre. En ti van unidos el pensamiento y la voluntad, por eso eres dichosa.

FELISA

Es posible. Yo no sé nada de eso. Cuando

quiero algo, no pienso por qué lo quiero, ni por qué debo quererlo; en resumidas cuentas, siempre encuentra uno razones para hacer lo que quiere; es inútil cansarse en buscarlas. Ya que no vienes con nosotros, nos reuniremos para almorzar; ya sabes que iréis en automóvil; en el *char á bancs* llegaríais tarde, porque pensamos ir muy lejos...

CARLOS

No hagáis locuras.

FELISA

No tengas miedo. Carmen va muy bien acompañada. A tal amazona, tal caballero. Va con Guillermo... los dos son muy intrépidos y sabrán guiarnos... Yo no pienso cansarme; me acompañará Leopoldo; mi *flirt*... ¿No lo sabes?... No te asustes, un *flirt* no compromete á nada y en el campo menos. Vamos, Carmen, no nos esperen...

CARMEN

Voy en seguida. *(Sale Felisa.)*

ESCENA VIII

CARMEN y CARLOS

CARLOS

¿Por qué no vas?

CARMEN

Ya ves que me contraría.

CARLOS

¿Por qué ha de contrariarte? Es tan natural que desees ir con ellos... Si yo también iría de buena gana, si os veré marchar con envidia; y sólo me desespera esta postración mía, que es mi enfermedad y es tristeza para todos. No, yo no quiero ser egoísta como todos los enfermos, como todos los débiles, no me perdonaría nunca si por mí entristecieras tu vida; aun así ya tienes que perdonarme mucho.

CARMEN

¡No hables de ese modo! ¿No ves que me atormentas, no ves que me ofendes con tus dudas?

CARLOS

¿Mis dudas?... No, mi remordimiento. Tu hermosura, tu juventud, tu vida... para mí... Si es que no debe ser; si es que queriéndote con toda mi alma, no supe quererte como debía.

CARMEN

Como yo te quiero...

CARLOS

Sí, me quieres; quiero creerlo... pero tu cariño no es disculpa para mi egoísmo. No debí sacrificarte; yo sí, yo solo... y ahora, ya es tarde; ya es mi cariño lo que no debió ser... ¡Este cuerpo débil y miserable aún pesa demasiado sobre mi alma! A mi pesar soy egoísta, y te quiero mía, solo mía; y tu cariño si es solo del alma... no es como mi cariño.